



UNIVERSIDAD  
DE LA REPUBLICA  
URUGUAY



Facultad de  
Psicología  
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

# **Universidad de la República**

## **Facultad de Psicología**

Trabajo Final de Grado-Ensayo Académico

### **REFLEXIONES SOBRE LA SUBJETIVIDAD ADOLESCENTE EN EL CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO ACTUAL**

Julio Walter Navidad Irrazábal

C.I.:1.913.530-9

Docente Tutora: Prof. Adj. Lic. Mag. Sylvia Montañez Fierro

Docente Revisora: Prof. Asist. Mag. Cecilia Blezio Ducret

Montevideo, Junio 2021.



*“Cada niño es un artista. El problema es cómo seguir siendo artista una vez que crezca” -Pablo Picasso.*

### **Introducción:**

La problematización sobre la constitución de la subjetividad debe contemplar diferentes aspectos, entre ellos la influencia propiamente dicha de los dispositivos de poder relacionados a los procesos subjetivantes y el contexto en que se encuentra el adolescente en la actualidad.

Necesario es para entender cómo se inicia una contrastación, considerar las perspectivas epistemológicas correspondientes y realizar un abordaje desde las corrientes que influyen en los conceptos de constitución subjetiva y su relevancia.

El presente trabajo pretende hacer una reseña de las principales influencias sociohistóricas sobre el tema, mencionando además los procesos que influyen en el aparato psíquico del individuo desde que nace hasta la edad adulta.

### **Desarrollo:**

Sabido es, desde tiempos inmemoriales, que la subjetividad y su constitución es un problema central para las ciencias “psi”, ya sea por su valor predictivo en lo que refiere a la conducta del hombre, como desde el punto de vista terapéutico y también como piedra angular en el intento de interpretación del fenómeno social. A partir de ello, surge el cuestionamiento de si realmente es posible atrapar en una definición o modelo semejante concepto, dado lo complejo y dinámico de su carácter, que permanente e inmanentemente refleja infinitas singularidades, tantas como sujetos puedan expresarlas.

Para la RAE subjetividad implica “perteneciente o relativo al sujeto, considerado en oposición al mundo externo” (RAE, s. f.). Se infiere el carácter positivista del concepto, que involucra un adentro y un afuera, enfoque propio del sujeto cartesiano, cuya evolución se tomará como paradigma dentro de la biología y la medicina, donde prima el conocimiento basado en la evidencia y el cual puede verse aún en la actualidad.

A pesar de ello, paralelamente existe una evolución de las ideas desde los postulados de Mead hasta nuestros días, en cuyo recorrido se observan los procesos de subjetivación en el individuo a partir del carácter simbólico de la comunicación humana y los permanentes procesos de socialización en el trayecto vital.

Al respecto Durkheim (como se citó en Rey, 2008) enuncia que las representaciones sociales en su valor simbólico, están por fuera de la conciencia del sujeto y no equivalen a la mera suma de las representaciones individuales, sino que constituyen una fuerza en sí misma, en base a la combinación y alteración producida por sus interacciones, que las transforman en otro producto cuyo valor es aplicable al colectivo y a cada vivencia en particular, de acuerdo al contexto sociohistórico.

La OMS, define la adolescencia como “el período de crecimiento y desarrollo humano que se produce después de la niñez y antes de la edad adulta, entre los 10 y los 19 años. Se trata de una de las etapas de transición más importantes en la vida del ser humano” (OMS, s. f.).

La comprensión de los procesos de subjetivación como fenómeno multifactorial, donde el carácter sistémico sugiere un abordaje desde el paradigma de la complejidad, (Morin, 1999) nos lleva a concluir que tanto la cultura como la identidad, juegan un papel fundamental para que el contexto, determine la experiencia vivida por el adolescente como constructiva, al transitar por una cantidad abrumadora de acontecimientos de orden físico, psicológico y emocional en esa instancia.

Marková, como se menciona en Seidmann & Seidmann (2015, p. 163), sostiene que “las representaciones sociales son parte del entorno simbólico en el que viven las personas. Al mismo tiempo, ese entorno se reconstruye a través de las actividades de los individuos”. Según esto podemos inferir, que tanto las representaciones sociales generadas en y por el colectivo influyen en la subjetivación del individuo, como el accionar de él dentro del grupo promueve cambios en esas representaciones, estableciéndose una retroalimentación permanente ya que el proceso es dinámico y está en permanente construcción.

En la acción estaría, entonces, la posibilidad de remodelar aspectos que a priori aparecen como inconsistencias en los procesos de subjetivación, entendida como la necesidad de hacer, para ser reconocido.

Históricamente y desde gran cantidad de posturas epistemológicas, la mirada y la aprobación del otro es fundante para el reconocimiento de sí mismo y para la identidad. Y

es ahí donde la pertenencia al grupo se destaca como primordial en el sujeto adolescente ya que es el paso que articula con la perspectiva de un desarrollo de los vínculos que sostienen la imago del *self*.

Como es sabido, las representaciones sociales son instrumento para la vida en sociedad constituyendo un sistema de información y de intercambio a través de un código donde las imágenes, significado y valoración de un objeto o fenómeno social permiten la construcción de una realidad compartida como referencia, en la existencia del grupo humano.

Pero esa realidad, sin duda, la construye el sujeto en sus modos de existencia. Por tanto deberá establecerse una reciprocidad entre la idea que tiene de ella y lo que practica como sujeto sociohistórico, en un contexto determinado.

Con referencia al contexto en la actualidad, necesariamente debemos hacer referencia a la hipermodernidad, concepto desarrollado por el filósofo Lipovetsky (2006) en sus trabajos, haciendo mención a la etapa de posmodernidad pero con diferentes características a esta, que fue ampliamente aceptado por los investigadores en ciencias sociales. Al respecto, Sarabia (2007) afirma:

...claramente en los años 1990-2000, en las sociedades económicamente desarrolladas por las siguientes características de una sociedad donde todo se ve exacerbado: en las escalas en juego en la globalización de los mercados y los flujos comerciales, en la inmediatez de fenómenos percibidos a través de medios glocalizados que rompen los límites espacio-temporales de la modernidad, en los mecanismos socio-económicos empujados a la hipertrofia incluso en términos de consumo con hiperconsumo, competencia con los fenómenos de monopolios globales y ganancias con financiarización ( p. 1).

Es en este contexto, donde el capitalismo mundial integrado (Guattari, 2004) promueve el uso de la racionalidad instrumental, como lógica fundamental para su práctica en todos los estratos sociales y en forma axiomática y sistematizada.

El concepto de racionalidad instrumental, desarrollado por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, Adorno y Horkheimer –sobre todo este último, en el año 1947 en su obra *Crítica de la razón instrumental* (Horkheimer, 2010)– hace referencia al uso de la razón en un sentido de utilitarismo, cuya aplicación, llevaría a la obtención de fines vinculados a lo que se plantea como necesidad humana, sin tener en cuenta los medios ni el contexto en que se encuentra el individuo para llegar a ellos.

Esta lógica, característica del estatuto capitalista, promueve dicho enfoque utilitarista haciendo que las existencias tiendan a justificar las acciones para lograr metas

determinadas sin tener mayor reparo en los procesos y ámbito en que se encuentre el sujeto, y las consecuencias que estas acciones puedan tener en los aspectos cruciales de los procesos de subjetivación.

Es así como la tradición del pensamiento occidental moderno que se desarrolla después de la revolución industrial determina procesos subjetivantes en los diferentes campos laborales y a nivel de las instituciones de educación, usando como patrón la razón y la lógica del pensamiento positivista imperante.

La medicina –y por tanto la psiquiatría–, no escapará a tal efecto, entendida dentro de las ciencias consideradas “duras” y ejerciendo el poder del etiquetado y la patologización de las infancias y adolescencias hasta nuestros días apelando a los manuales como los DSM.

Esta herencia centra la visión en una dualidad alma cuerpo, donde el sujeto de la visión cartesiana pasa a ser el objeto de estudio sin tener en cuenta el contexto sociohistórico imprescindible para un enfoque de tipo sistémico, mucho más acorde para el análisis de los procesos de subjetivación a la luz del desarrollo de las ciencias sociales. Como es sabido, la teoría sistémica aboga por un entendimiento del todo como algo más que la simple suma de las partes. Los complejos procesos de subjetivación, no escapan a esto en forma alguna.

Al referirnos al contexto actual, necesariamente debemos entrar en las redes sociales, en los medios masivos de comunicación digital y en el complejo mundo de la cibernética actual. Al respecto, Han (2014) refiere:

El enjambre digital no es ninguna masa porque no es inherente a ninguna alma, a ningún espíritu... En ella los individuos particulares se funden en una nueva unidad, en la que ya no tienen ningún perfil propio. Una concentración casual de hombres no forma ninguna masa (Han, 2014, p. 16).

La atemporalidad del evento digital, del acceso a la información, del divorcio con la línea de tiempo de lo narrado, de lo concebido en el encuentro entre dos individuos, produce sujetos desintegrados, cuyo amarre con la línea de tiempo es solo a partir del acto y hacia el futuro, hacia el infinito.

Al respecto, Morin (1999, p. 2) refiere: “La supremacía de un conocimiento fragmentado, según las disciplinas, impide a menudo operar el vínculo entre las partes y las totalidades y debe dar paso a un modo de conocimiento capaz de aprehender los objetos en sus contextos, sus complejidades, sus conjuntos”.

Esto no escapa a la mirada del biopoder que establece controles desde la cibernética –del griego “kybernetes” que significa “el arte de manejar un navío”– palabra ya

usada por Platón en su obra “La República” para referirse al “arte de dirigir a los hombres”. Incluso la cibernética en su evolución, establece un reforzamiento del panóptico digital avanzando hacia la cibernética de segundo orden, la cual incluye no solo el dispositivo y su contenido, sino la mirada y opinión del observador que interactúa con el sistema.

Pero ¿hay tal opinión del observador en la subjetividad en construcción o es un mero *continuum* establecido por las lógicas de la máquina de globalización o, mejor dicho, de lo glocal?

Al respecto Guattari (2006) refiere que todo lo que recibimos por el lenguaje y el entorno familiar no son solo enunciados de significación ni de identidad sino productos de las grandes máquinas de control social del capitalismo. Lo maquínico entonces hace referencia no solamente a lo tecnológico o a lo meramente mecánico, sino a sistemas abiertos en comunicación y en expansión con otras máquinas abstractas, máquinas sociales, de investigación de institucionalización, de sentido o sea en definitiva sistemas o aparatos con potencial de subjetivación.

Según Guattari (2013) “Estas máquinas, de toda naturaleza y tamaño, convergen en una misma función productiva-semiótica-libidinal que llamaremos: función general de Equipamiento colectivo” (p. 29).

Esa visión nos introduce en el aspecto fundamental, de que el individuo parte de condicionamientos preexistentes que se alimentan de los aspectos más básicos y moleculares de las relaciones que establecen y del deseo que circula a través de él. La visión del constructivismo psicoanalítico, siempre defendió la afirmación de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje y por ende la supremacía del significante repercute en toda su práctica.

Al respecto Guattari (2013) afirma que no solamente no está estructurado como un lenguaje, sino que lo está “como una multiplicidad de modos de semiotización, de los cuales la enunciación lingüística no es tal vez el más importante” (p. 19). Dichos modos de semiotización serían determinantes para establecer el sujeto “sujetado” a las máquinas de función general de equipamiento, territorializado a las lógicas del poder y los sentidos establecidos por lo hegemónico del capitalismo.

Como recordamos, semiótica hace referencia a la ciencia que estudia los signos la producción de estos y su recepción, relativo a la comunicación. Entonces con referencia a la semiotización, ya no sería solamente el signo, sino de lo que está impregnado antes de la llegada del individuo al mundo y lo que diagrama para el sujeto habiendo sido manipulado por el poder, a partir de los dispositivos maquínicos. Sus diferentes modos de uso, determina flujos de deseo con espacios no ocupados por el significante, donde algo siempre faltará y por tanto producirá movimientos que afectarán lo inconsciente.

Las opciones del capitalismo, televisión, cine, internet, contienen implícitamente las posibilidades de decodificación del mensaje en forma preestablecida, induciendo una respuesta que puede ser mensurable y por tanto lejana al acontecimiento que es constituyente para el sujeto.

Según Guattari (2013) “el inconsciente existe en acto, vuelto hacia el porvenir, al alcance de la mano de una pragmática que opera sobre las situaciones, reales –incluso cuando estas solo pueden desembocar, en apariencia, sobre reiteraciones o impasses neuróticos” (p. 21).

La pregunta sería entonces: ¿cómo es posible ese enfoque pragmático, al depender de un código que pudiera estar atravesado por dispositivos maquínicos de poder, de los cuales el sujeto ni siquiera es consciente, dado que la semiótica que determina dicho código y sus efectos lo precede y a su vez lo desborda en sus propias acciones?

La inmersión en el capitalismo y los efectos que esto determina está dada a priori. La semiotización, por lo tanto, promueve prácticas, de las cuales el sujeto no identifica las lógicas que las generan, incluso a pesar de que estas operan permanentemente, dado que lo hacen subliminalmente.

Según Guattari (2006) “la subjetividad no es susceptible de totalización o de centralización en el individuo. Una cosa es la individuación del cuerpo. Otra la multiplicidad de los agenciamientos de subjetivación: la subjetividad está esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social” (p. 46).

El término agenciamiento desde el punto de vista etimológico refiere a “hacer” y se aplica más específicamente a las relaciones sociales de los elementos. Necesario es entonces puntualizar que el deseo circula en la multiplicidad y no es atribuible a un proceso que parte del individuo exclusivamente, sino a movimientos que se generan en colectivo.

Destacar este aspecto es crucial para el entendimiento de la constitución de la subjetividad y particularmente en el individuo joven e inexperto, sometido al contexto y a la línea de poder, al panóptico cibernético y a la producción de deseo generado por las gigantescas máquinas de semiotización, incluso desde antes de venir él al mundo.

En el prefacio de la obra *Líneas de Fuga*, Liane Mozère reflexiona lo siguiente:

Los agenciamientos colectivos de deseo que constituyen la realidad del tejido social, podrían oponerse a las instituciones sujetantes. Cuando algunos comportamientos son considerados como asociales, locos, infantiles, delincuentes, es decir no son “equipados” por leyes trascendentes y por representaciones de la ley, es ese, afirma Guattari, “el lugar donde se refugia todo lo que queda vivo en el socius y desde donde todo puede volver a partir para construir otro mundo posible” (Guattari, 2013, p. 14).

Por lo que ya se intuye que los agenciamientos colectivos de deseo, estarán contextualizados por lo político y por ende se verán afectados en sus concreciones por lo institucionalizado y por los estatutos de poder al que están sometidos, en el conjunto de la sociedad.

Ese status confiere la particularidad de intentar orientar los flujos de deseo, a punto tal, que las acciones de los sujetos ya no serían propias, en el aspecto consciente sino que estarían atravesadas por determinaciones que parten de los equipamientos del biopoder.

También los procesos de subjetivación, en definitiva, responderán a ese estatuto en forma indirecta, dada la posibilidad de concretar solo lo aceptado, lo legal, lo políticamente correcto, so pena de sufrir la exclusión del individuo, si así no fuera.

“La subjetividad es siempre tomada en rizomas, en flujos, en máquinas, etc.; está siempre altamente diferenciada, es procesual” (Guattari & Rolnik, 2006, p. 320).

El concepto de rizoma que utilizan los autores, hace referencia respecto al conocimiento y por ende a la noción de realidad el cual no estaría sometido a una organización jerárquica, sino que múltiples elementos pueden influir unos sobre otros y en el sistema como tal. Etimológicamente, el término usado en botánica describe al rizoma, como estructura que puede transformarse en raíz, tallo o rama o incluso, bulbo o tubérculo, lo que la caracteriza por su versatilidad y le permite un desarrollo en la multiplicidad y espontaneidad, en función del contexto y de los otros elementos, a diferencia del modelo que utiliza al árbol para esquematizar un estricto orden jerárquico. Esta metáfora ayuda a comprender las lógicas que aplican al sistema cognoscitivo clásico y a la organización del mismo.

Relativo al disciplinamiento y al control que evoluciona hasta la necesidad aparentemente autoimpuesta de consumo a partir de una falsa libertad de elección, de acceso ilimitado a las redes y lo que estas normalizan a través de las máquinas de poder, los jóvenes se encuentran atrapados en una encrucijada de “tener que hacer lo necesario” para ser feliz, lo cual está determinado por los usos y convencionalismos sociales y lo que las culturas –cada día más globalizadas– promueven como el “*gold standard of happiness*”: que su imagen sea la mejor. La mejor lograda y también la más destacada en relación a la de otros.

La apariencia pasa a ser más importante que el mismo ser. Lo que representa es primordial y lo que destaca fundamentalmente es la imagen, la significación que posee y a lo que se asocia. Con respecto a esto y a sus implicancias, afirma Han (2017):

Vivimos en una sociedad que se hace cada vez más narcisista. La libido se invierte sobre todo en la propia subjetividad. El narcisismo no es ningún amor propio. El



sujeto del amor propio emprende una delimitación negativa frente al otro, a favor de sí mismo. En cambio, el sujeto narcisista no puede fijar claramente sus límites (p. 9).

El concepto de imagen, no sería más que la proyección del deseo de una determinada apariencia, con características que contemplarán lo que el consenso social para esas categorías establece, como la edad, género, raza y cultura a las que el sujeto afirma que pertenece. Dicho constructo, entonces, dependerá de lo que él mismo crea que el otro demanda, para sentirse finalmente deseado, aceptado y reconocido.

Pero en el contexto actual, donde la imagen se multiplica y propaga a través de las redes, ese otro pasa a ser una multiplicidad de otros, aún más intangibles, más masificados y gran parte de las veces no obtiene la respuesta esperada, salvo alguna aprobación (“like”), enviada a su dispositivo a través de las tecnologías de información y comunicación (TIC) desde algún rincón del planeta.

La dispersión de lo singular por este medio determina un refuerzo de la positividad donde todo es posible, clasificable, alcanzable. La negatividad se diluye en ese proceso y repercute alterando el balance necesario para establecer la relación amorosa. Según Han (2017), “La negatividad de la alteridad, a saber, la atopía del otro, que se sustrae a todo poder, es constitutiva para la experiencia erótica” (p. 14).

Entonces, ¿cómo es posible que se dé el proceso de construcción de identidad en el sujeto, si las TIC y los medios masivos tienden a homologar arbitrariamente a sus usuarios en permanentes categorías generadas por las mismas tecnologías?

Ejemplo claro de ello, es el requerimiento de datos personales, como franja etaria, raza, idioma o ubicación en el globo, que solicitan las aplicaciones para categorizar a sus usuarios y de esa manera, filtrar el acceso a los contenidos, que en forma predeterminada se encuentran asignados, con el fin de realizar un reclutamiento eficiente de los flujos de deseo que fueron equipados, en procesos *a priori* de semiotización.

Entre otros aspectos, se introduce a partir de estos equipamientos la salud, como bien supremo e ideal de referencia, para el sujeto posmoderno. La salud física que se homologa a estándares de control: biotipo, clínicos y paraclínicos y por otro lado la salud psicológica cuya referencia se proclama a partir de conductas descritas en los manuales de psiquiatría y psicopatología.

La patologización de las conductas también promueve la categorización en grupos que comparten características las cuales estarían en disonancia con el orden de lo considerado normal, obviamente determinado por el sistema hegemónico. El estatuto generado al respecto, parte de supuestos inferidos de las lógicas imperantes, agrupando individuos sometidos no solo a los diagnósticos, sino a los tratamientos, controles y confinamientos promovidos y establecidos por el biopoder.

Las identificaciones que puedan generarse entre los individuos en dicho proceso no establecen identidades entendidas como sujetos que comparten características culturales, étnicas, proyectos y aspiraciones históricamente productoras de cohesión en los grupos humanos. Lejos de eso, los agrupamientos que responden a esas categorías de patologización, sumergen en el caos y la despersonalización al individuo, ya que no corresponden a sus expectativas ni a su contexto.

El sujeto, finalmente deberá responder desde un lugar que le fue impuesto. Ejemplos bien conocidos son los trastornos como el déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el opositor desafiante del adolescente y algunos tipos de autismo del espectro, como el síndrome de Asperger, cuyo comportamiento puede o no ser incluido dentro de lo esperado para el normal y que varía en función del observador actuante, dejando en claro lo discutible de la clasificación y el estatuto utilizado desde el biopoder y la medicalización.

Al no considerar a los sujetos como integrantes de un todo, como individualidades que funcionan como y en multiplicidades, produciendo agenciamientos, o sea prácticas, con movimientos de territorialización y desterritorialización, las categorías nunca harán justicia cuando se pretenda analizar y anticipar los efectos estructurantes de subjetivación.

Según Marramao (2011) "La historia estructura, pero al mismo tiempo demanda que haya un acontecimiento, un algo inesperado. Por eso la historia está tan estrechamente vinculada a nosotros mismos; es decir a nuestra capacidad de ser entera, profundamente sujetos" (p. 5).

Como bien dice el autor citado previamente, tiene que suceder algo para el efecto subjetivante y no quedar en el mero plano de las ideas. Algo de la práctica es lo que permite que devenga el acontecimiento y por tanto, estructure, haga mapa. En los procesos de subjetivación, en consecuencia, se evidencia el valor de la experiencia misma, vinculada a los trayectos vitales de los jóvenes.

Pero en la actual sociedad del rendimiento, que según Han (2017), sustituye el deber hacer del disciplinamiento por el poder hacer, concepto que incluye lo ilimitado del alcance y su rechazo al no poder materializarlo ya esto implicaría frustración, el sujeto se encuentra en la paradoja de tener que producir con las herramientas cibernéticas, desde la inexperiencia, condenado a reproducir lo que está masificado en las redes para sentirse incluido, así solo sea, en la comunidad virtual.

Lo singular entonces se produce en el aislamiento, no en el encuentro con el otro sino de cara a la positividad de la virtualidad, que borra la negatividad de la otredad, la cual es necesaria para la constitución del amor.

Arribamos a este concepto como posibilidad trascendental del individuo, cuyo efecto soporta en forma suprema los procesos de producción de subjetividad en contexto acorde

para que así sean logrados. El amor implica un borramiento del yo narcisista y una aproximación que me incluye en el otro aceptando su negatividad.

Es en esa tensión, donde cambian los tiempos y a partir de la cual se constituye. ¿Cómo es entonces que pueden darse estos procesos, donde las otredades pasan a someterse a los dispositivos maquínicos tecnológicos del poder y por ende a sus clasificaciones y semiotización?

En las redes se produce el encuentro virtual, el que adolece de la ausencia del lenguaje corporal, o al menos se produce en forma muy restringida, donde se efectúa la transacción de acuerdo a las prácticas sometidas al sistema.

Las aplicaciones eligen los destinatarios de la información y requieren datos del usuario para el establecimiento de las categorías en las cuales se va a habilitar la posibilidad de esos encuentros, formando comunidades que aunque sean heterogéneas, invisibilizan lo singular, lo inclasificable, lo espontáneo. Para cada respuesta hay un “emoji”, palabra adaptada del idioma japonés para designar figuras o caracteres usados en mensajes electrónicos y en los sitios de las redes.

La actual situación sanitaria global, donde la cuarentena y el miedo es moneda corriente, el contexto de pandemia viral, promueve la tendencia a la reclusión en los hogares de los jóvenes para preservarlos de la contaminación exterior. Esto es entendido como normal y saludable pero pasan a depender aún más del dispositivo que los conecte a la web y a sus pares.

Por tanto, el concepto de comunidad y el de encuentro, han sufrido una metamorfosis que ha derivado en la tendencia a la digitalización de los vínculos a extremos de intemporalidad y despersonalización. La intemporalidad, porque el evento puede quedar congelado en el tiempo, hasta ser respondido o ignorado y la despersonalización, porque las barreras de lo tangible y lo representable se difuminan, creando un ámbito donde la percepción, la memoria y la identidad pueden verse afectadas.

¿Cómo pueden entonces influir estas nuevas dimensiones de la comunicación en los procesos de subjetivación y en lo referente a la identidad del individuo? Quizás en la siguiente cita se vislumbre parte de la respuesta: “Ciertamente, el homo digitalis se presenta con frecuencia de manera anónima, pero no es ningún nadie, sino que es un alguien, a saber, un alguien anónimo” (Han, 2014, p.17)

Es la posibilidad del conocimiento del otro ser o seres, de los pares en el caso del adolescente, pero al grado de potencia, que por ese canal, nunca termina de concretarse ya que lo singular se invisibiliza por esa agrupación de individualidades que ni siquiera completa las características de una masa.

En la experiencia terapéutica con adolescentes, se ha reportado un creciente aspecto que deja en evidencia el efecto directo de la falta presencial del otro, en la

comunicación: el adolescente tiene dificultad para sostener la mirada del interlocutor en una entrevista o sesión. Relativo a esto, Han (2014) afirma:

Antes percibíamos nuestro enfrente —por ejemplo, la imagen— prestando más atención a la cara o a la mirada que hoy, a saber, como algo que me mira, que se mantiene en su propio crecimiento, en una autonomía, o en una vida propia; en síntesis, como algo que se mantiene enfrente, o que me graba desde ahí enfrente. ...En la actualidad, desaparece cada vez más el rostro que está enfrente, que me mira, me afecta o que sopla en contra. Antes había más mirada, a través de la cual se anuncia el otro, como dice Sartre. (p.17)

Por lo que evidentemente, lo que altera el circuito de retroalimentación, en el intercambio de miradas, es precisamente el corte en la percepción del otro que me mira y por tanto, se vería afectado el soporte del deseo: deseo que el otro me deseé y primero tengo que ser mirado y yo notarlo. En la comunicación digital este proceso de verificación está en diferido y depende de la confirmación del emisor, ya que la percepción de mi imagen la comentará verbalmente o en forma escrita. Lo relativo al lenguaje corporal, llega parcial y en diferido.

A este respecto, de la mirada y su efecto, (Serrano Barquín, Salmiron Sanchez, Rocha Reza, & Villegas Lopez, 2011)afirman:

“Captación del deseo humano en el deseo del otro a través de la mirada. Más allá de la mirada está el deseo que la sostiene y la fundamenta”(p.72)

Por tanto la mirada como vehículo que transmite intencionalidad, reconocimiento, en definitiva, que sostiene el vínculo, pasaría a ser simbolizada en la respuesta diferida del interlocutor estableciendo lapsos que culturalmente no estaban previstos, pero que paulatinamente se incorporan en este juego de “cibernautas millennials”, al cual todos nos integramos, en los nuevos contextos de aislamiento.

Sobre este planteo de la introducción de la tecnología en lo cotidiano y en el relacionamiento humano Han (2014) puntualiza:

El hecho de que tengamos que pasar de largo sin mirarnos no es culpa exclusiva de la óptica de la cámara. Apunta más bien a la falta de mirada por principio, a la ausencia del otro. El medio digital nos aleja cada vez más del otro. (p.17)

La positividad de la que hablaba Han, hace que el individualismo cobre notoriedad y el nosotros se debilite. La construcción de subjetividad se centrará en el yo, cuya potencia dependerá de lo imaginario y en la forma de rellenar esos huecos ante la ausencia del otro y

su deseo.

El narcisismo exacerbado entonces surge como consecuencia de un contexto que no permite la construcción dialógica que privilegie el nosotros. Si quizás parcialmente, pero con identidades erráticas que responden a un común efímero, el cual no es suficiente para la completud de los procesos de internalización en el adolescente, que sustenten el manejo de ese deseo.

Al nacer el universo materno y del bebe es uno solo y es en la calidad de esa relación y del tipo de apego que se produce en la misma, que el infans obtiene las herramientas para enfrentarse a una escisión posterior, al crecer y reconocer a su progenitora como el otro fundamental. Es necesario dejar en claro que en el punto mencionado, se fusionan conceptos del Psicoanálisis, la Psicología del desarrollo y de otras disciplinas, cuyas investigaciones datan de más de medio siglo y que tienen plena vigencia en lo que va del milenio. Basta ver un extracto, al respecto, de la Revista Chilena de Pediatría del año 2014 que cita el párrafo siguiente:

El Dr. John Bowlby, psiquiatra y psicoanalista de niños recalcó que los efectos inmediatos y a largo plazo que median la salud mental del niño, son la resultante de una experiencia de relación cálida, íntima y continua entre la madre y su hijo por la cual ambos encuentran satisfacción y alegría (Bowlby, 1951 p. 11) (Moneta, 2014 p. 265).

Donde se observaría el beneficio mutuo de la relación entre el niño y su otro primario, ya que dicha alegría sería compartida por ambos. Es una experiencia que involucra a individuos en lo común, en este caso dos, desde sus orígenes. Ella marcará el resto de la existencia del *infans*, que pondrá en juego lo aprendido en cada relación que establezca con las otras personas, reproduciendo vivencias y definiendo la calidad del vínculo en cada nueva experiencia.

La figura del referente se establece con quien cumpla la función materna ante la ausencia eventual de esta. Por tanto lo fundamental es el aspecto vincular como determinante para el futuro de la subjetividad del individuo en su aspecto relacional. Eso queda claro a continuación en la misma publicación:

En 1988, el Dr. Bowlby afirmaba que la capacidad de resiliencia frente a eventos estresantes que ocurren en el niño es influida por el patrón de apego o el vínculo que los individuos desarrollan durante el primer año de vida con el cuidador, generalmente la madre, aunque puede ser otra persona (Moneta, 2014, p. 265).

En el transcurso de la adolescencia, el sujeto aprenderá a independizarse del núcleo familiar que lo vio crecer. Es la etapa donde buscará su identidad y establecerá vínculos fuera de su círculo, poniendo en práctica lo aprendido en su recorrido y haciendo foco en objetos de deseo no parentales. Así ciertamente podrá entender que forma parte de las multiplicidades de lo social y que no es el centro del universo como creía en la niñez.

Volviendo a Guattari y con respecto al *infans* afirma:

La máquina de producción de subjetividad capitalística se instaure desde la infancia, desde la entrada del niño en el mundo de las lenguas dominantes, con todos los modelos, ya sean imaginarios o técnicos, en los cuales debe insertarse (Guattari & Rolnik, 2006, p. 55).

Por lo que podemos inferir que todo lo posible en el régimen social actual ya está previsto de antemano por las máquinas de semiotización nombradas al inicio, dejando un margen estrecho para la creación de líneas de fuga, o sea posibles alternativas en el campo de la multiplicidad, evocando el enfoque rizomático de Guattari.

Reflexionando al respecto de este status quo, arribamos a la conclusión de que es necesario posibilitar la invención de estrategias que desmarquen al adolescente de la cuadrícula a la que está sometido, en los procesos de subjetivación vigentes.

No mediante la ideología, ni el adoctrinamiento podremos llegar a interpelar los flujos de deseo que irrumpen como caudal que necesita fluir libremente para producir sus agenciamientos. Por el contrario, sabemos que todo lo que se reprime, en algún momento asoma aún con más fuerza posteriormente.

El adolescente además, vive un momento existencial complejo, donde los procesos identitarios y de proyección de futuro, requieren de una maduración del aparato psíquico que le posibilite obtener herramientas eficientes para la simbolización. Este aspecto va a ser crucial para canalizar lo libidinal en acciones constructivas a través de los procesos de sublimación. Al respecto Laplanche y Pontalis (1971) lo definen como:

Proceso postulado por Freud para explicar ciertas actividades humanas que aparentemente no guardan relación con la sexualidad, pero que hallarían su energía en la fuerza de la pulsión sexual. Freud describió como actividades de resorte principalmente la actividad artística y la investigación intelectual. Se dice que la pulsión se sublima, en la medida en que es derivada hacia un nuevo fin, no sexual, y apunta hacia objetos socialmente valorados (p.1).

La sublimación, en resumen, desde la perspectiva del psicoanálisis involucra, entre

otras cosas, canalizar aspectos pulsionales en una tarea creativa y socialmente aceptada a partir de lo cultural. ¿Cuál sería entonces la posibilidad de manifestación del adolescente en las multiplicidades, operando con contenidos que devienen del inconsciente y que se plasman en la práctica de un saber no sabido?

El arte sería quizás un medio de jerarquía, ya que deviene en creación pura y establece conexiones imprevisibles y efectos estructurantes, sobretudo en la subjetividad de los jóvenes. La tradición literaria, habla del gozo de noveles artistas a partir de la música, danza, escultura y pintura, en todas las épocas y lo mucho que han aportado a la cultura. Sería entonces, una forma privilegiada de comunicación, quedando ello de relieve en el siguiente pasaje:

La práctica artística, la práctica plástica, tiene que ver con un “poder comunicar lo propio” o aún algo más, lo desconocido de uno y que es propio, el enigma que padecemos y ofrecemos al otro, el enigma de nuestro modo de vinculamos, lo singular, lo interno, lo que no está dentro del consumo social y que necesita ser expresado (Coll Espinosa, 2006, p. 28).

Sin embargo, para Han (2017) en referencia a lo digital, algunos aspectos del arte estarían entrando en crisis en la actualidad, por efecto de la desaparición del otro, producida por un narcisismo exacerbado con una hipertrofia del individualismo, situación promovida, entre otras causas, por las lógicas de poder de los regímenes económicos vigentes.

Sobre esto, reflexiona Han (2017): “La crisis actual del arte, y también de la literatura, puede atribuirse a la crisis de la fantasía, a la desaparición del otro, es decir, a la agonía del Eros” (p. 30).

Evidentemente el autor, describe una transformación de la producción artística tomando como pivote la concepción tradicional del amor, donde es menester la negatividad del yo para la conjunción con el otro ideal, ciertamente requisito necesario para la legítima experiencia amorosa.

Sin embargo, las expresiones artísticas se producen sin pausa, en todas las culturas y lugares del planeta. La discusión podría establecerse en considerar si también ellas pudieran ser influenciadas en alguna manera por los modos de semiotización descritos anteriormente.

Ante esa eventualidad nos formulamos la siguiente pregunta: ¿las corrientes surrealistas, a modo de ejemplo, podrían constituirse en potenciales línea de fuga, siendo que por definición escapan a la representación de lo normal?

Sobre este aspecto, Han (2017) desarrolla lo siguiente:

En los surrealistas, el Eros es el medio de una revolución poética del lenguaje y de la existencia. Es exaltado como fuente energética de una renovación, de la que ha de alimentarse también la acción política. A través de su fuerza universal une entre sí lo artístico, lo existencial y lo político. El Eros se manifiesta como aspiración revolucionaria a una forma de vida y sociedad completamente diferente. Es más, mantiene en pie la fidelidad a lo que está por venir (p 32).

Por lo que concluimos que el amor –el eros– sería fundamental para reencontrarnos con el otro, otro que siempre será político y socio histórico, o sea contextualizado. Ahora bien en el escenario actual ¿cuál sería el movimiento inicial hacia un proceso de cambio que permita concretarlo? Una posición filosófica al respecto no asegura que el deseo coagule en lo pragmático y en lo político necesariamente, porque siempre al eros estarán vinculados los equipamientos colectivos mencionados anteriormente, actuando a través de mecanismos de nivel inconsciente.

En otras palabras, así se arribara a conclusiones universales con respecto a la calidad de la relación entre individuos y se pudiera, mediante complejos procesos alcanzar cierto estatuto moral que las contemple, ello no necesariamente produciría los efectos esperados en el campo de lo social por lo expuesto previamente.

Otro aspecto fundamental a considerar, es la instancia por la cual el sujeto procesa la información que recibe del mundo exterior y la utiliza en su recorrido existencial. Al respecto, Morin (1999) sintetiza los procesos involucrados y el sesgo al que estarían expuestos:

Un conocimiento no es el espejo de las cosas o del mundo exterior. Todas las percepciones son a la vez traducciones y reconstrucciones cerebrales, a partir de estímulos o signos captados y codificados por los sentidos; de ahí, es bien sabido, los innumerables errores de percepción que sin embargo nos llegan de nuestro sentido más fiable, el de la visión (p. 5).

Se destaca el papel protagónico de la vista, sentido fundamental en la cibercomunicación, como vehículo de posibles fallas en el bucle establecido entre emisor y receptor de información. Como habíamos visto la observación del dispositivo no involucra lo simultáneo de la mirada y el intercambio con el otro, por consiguiente, además de ese desfase, debe considerarse la posibilidad de error en el canal de comunicación, con la consecuente modificación, a partir del procesamiento de los contenidos, en el receptor.

A ese respecto Morin(1999) reflexiona a continuación:



Al error de percepción se agrega el error intelectual. El conocimiento en forma de palabra, de idea, de teoría, es el fruto de una traducción/reconstrucción mediada por el lenguaje y el pensamiento y por ende conoce el riesgo de error. Este conocimiento en tanto que traducción y reconstrucción implica la interpretación, lo que introduce el riesgo de error al interior de la subjetividad del conociente, de su visión del mundo, de sus principios de conocimiento (Morin, 1999, p. 5).

Por lo antedicho, entonces, la probabilidad de comprensión de los fenómenos de la comunicación que se establece en jóvenes en el contexto actual, deberá considerar esos determinantes a la hora de las conclusiones. La casi ausencia del registro del lenguaje corporal por estos canales audiovisuales, donde lo que se observa en la experiencia es generalmente un rostro a través de videollamadas en clases y conferencias, incrementa significativamente el margen de error en la interpretación de los contenidos recepcionados por el destinatario.

El adolescente por tanto se encuentra condicionado no sólo por la inmadurez de su desarrollo, sino también por lo parcializado de la comunicación, debiendo considerar lo ausente, lo no visto, dicho o escuchado, apelando a su imaginario con lo que completará el mensaje recibido arriesgando en la transacción, modificar el sentido que originalmente el emisor pretendía imprimirle.

Claramente, dichas omisiones y el carácter restrictivo de la comunicación digital, influirá en el concepto de realidad y en su vivencia. Relativo a este trascendental punto, Montañez (2012) reflexiona:

Se considera la importancia del lenguaje en el intercambio dialógico que no solo implica el cotejo con otros a nivel de las palabras que pronunciamos, sino también otros modos de expresión, de gestos, a su vez otros lenguajes como los del arte, del amor, que implican la posibilidad de aprendizaje y de enriquecimiento de unos con otros (p. 71).

Los procesos de subjetivación, en consecuencia, no escapan a esos determinantes ya que se realizan en la multiplicidad y simultaneidad de los modos de comunicación más extendidos actualmente en todo el mundo y que además se encuentran en franco proceso de expansión.

En referencia al tema y las consecuencias generadas en los procesos vinculados al sujeto del milenio Han (2014) afirma: "La comunicación digital deshace, en general, las distancias. La destrucción de las distancias espaciales va de la mano con la erosión de las distancias mentales. La medialidad de lo digital es perjudicial para el respeto"(p.1)

El componente espacial del relacionamiento tradicional entre individuos ya no es relevante en la comunicación virtual. Por el contrario el flujo de datos se incrementa tratando de compensar esa falta, en una metamorfosis del registro que interviene en la calidad de la comunicación. Ese aspecto según Han (2014) sería de capital importancia ya que afectaría la esfera del respeto, lugar desde donde se construye el reconocimiento.

Para la RAE (2020) el vocablo respeto proviene del latín y significa en síntesis: atención, consideración, miramiento. El respeto como sabemos es fundamental en el aspecto social, ya que determina la posibilidad de la convivencia pacífica y el desarrollo de los grupos humanos en pos de intereses comunes y el crecimiento de las sociedades. En el contexto actual, quizás el concepto se haya ido modificando, sobre todo en la práctica, ya que la virtualidad establece otro escenario, otras posibilidades pero también otras restricciones.

Por ejemplo cuando se comenta una publicación o se accede a un determinado contenido o sitio web, la consideración sería esperable, se encontrara a la hora de vertir opiniones, comentarios o al momento de la interacción con los otros. Pero como vimos las distancias están eliminadas, las miradas son en diferido y la intervención puede ser solapada, encubierta, incluso anónima.

Ese alguien sin rostro cuya palabra puede ejercer su efecto beneficioso o deletéreo, en función de la carga simbólica del contenido que propaga pero también de la estructuración subjetiva del que lo recibe.

Al reforzar la individualidad, el sistema genera sujetos por momentos abrumados por una supuesta libertad. Decimos supuesta porque como vimos, la sociedad de consumo y los regímenes imperantes, llevan a la encrucijada de tener que elegir permanentemente entre muchas opciones y contenidos y tal decisión, necesariamente, deberá conducir al éxito como premisa fundamental de la cultura del yo.

La obligación de participar y de involucrarse, a modo ejemplo, en un chat grupal para no quedar marginado, hace que la opinión del joven, frecuentemente se limite a unas pocas opciones, las cuales pueden o no reflejar su postura necesariamente. Sin embargo es de conocimiento público, que estas prácticas son corrientes a la hora de la aprobación o de la negativa, incluso si se abstiene de opinar sobre el tema en cuestión.

Por tanto sugiere un acorralamiento del individuo hacia determinadas situaciones diseñadas de antemano por las lógicas del poder. Lo absoluto, negro o blanco, bueno o malo, real o irreal lleva a un dualismo que no respeta la heterogeneidad del entramado social, ni tampoco las singularidades ya que no es el objeto de la sociedad de consumo. En determinado punto, del diálogo virtual, en el cual deba argumentar su postura con respecto a una temática, el sujeto habitualmente esgrime la expresión “en realidad esto ocurre por” cuando la mayoría de las veces dicha expresión evoca al imaginario, a un recorte de lo que

recibe de información y cómo se la procesa, a lo circunstancial y a los intereses particulares del momento.

Esa ausencia de matices producida por la amputación de lo mínimamente necesario para constituir la comunicación tradicional, promueve aún más la individuación, el aislamiento, pero sin distancias por la inmediatez de la información; solamente lejos, estaría el soma de los sujetos.

La depreciación evidente de costumbres tradicionales como el conocimiento a partir de lo narrado, y su carácter histórico, el ejemplo familiar en lo cotidiano, la trasmisión oral en persona, compartir tareas, la cooperación, dejaría paso a la mercantilización de todo, incluso de lo intangible y al utilitarismo, como objetivo primordial.

Es en esa instancia donde el sujeto sujetado, conectado al devenir de la hipermodernidad, pretende alcanzar su deseo, o lo que considera como tal, en una búsqueda incesante que él mismo emprende, obligándose continuamente a ello y por tanto cayendo fácilmente en experiencias de frustración, al no poder abarcar todo lo que pretende.

En todo esto, sin duda la comunicación tiene un papel fundamental, la cual, tampoco escapa a las lógicas del poder. Por el contrario, ya sea desde el punto de vista institucional haciendo referencia a los grandes imperios de comunicación, las agencias de información, la televisión y las redes, como en el aspecto micropolítico, en lo que atañe al sujeto y su entorno existencial, directa o indirectamente se ponen en juego los procesos de subjetivación a partir de, como ya mencionamos, la semiotización en todas sus formas.

En 2011, Marramao advertía las implicancias en el entramado social de la continuidad de estos esquemas de valores inventados para el consumismo a partir de una significación que se le atribuye a los bienes de uso y su probable impacto en el futuro:

Un futuro simbólicamente invertido, que no determina más energía sino depresión. La depresión del síndrome del deja vú: sabemos que podemos comprar una computadora más moderna, más pequeña, más veloz, y creemos que el futuro puede cambiar nuestra vida. No es el futuro perdido, sino el futuro simbólicamente invertido y pervertido, lo cual también produce una perversión política de las sociedades democráticas. El poder no puede reiterar la promesa de felicidad. Puede solamente traducir esta promesa de felicidad y hay un mimetismo entre las elites que gobiernan y los ciudadanos (p. 3).

El mimetismo sin duda hace referencia a lo vinculado con los procesos de semiotización en el cual el lenguaje y las lógicas implícitas en los discursos no hacen más que sujetar al sujeto a la propia carrera en la que se ve envuelto y se exige.

Como mencionamos anteriormente la forma privilegiada de llegar a la emoción prescindiendo del lenguaje es a través del arte. El *momentum* artístico, el encuentro del sujeto con la obra, la obra del otro o la propia, genera un acontecimiento, que por ende es único e irrepetible, quizás evocando las líneas de fuga guattarianas y sus implicaciones. *Momentum* también, recordamos, significa movimiento, a partir de su raíz latina. Movimiento entonces del espíritu, cuya transformación no es ajena, afortunadamente, al sujeto.

Es la búsqueda del sentido, dentro de la nueva experiencia que nos permite la reinención de los parámetros inscriptos, buscando la alternativa novedosa que conecte en la multiplicidad a un deseo del cual ni siquiera somos conscientes.

Han (2017) hace referencia a la importancia del acontecimiento vinculado a esto:

El “acontecimiento” es un momento de “verdad” que introduce una nueva forma de ser, completamente distinta a lo dado, a la costumbre de habitar. Hace que suceda algo de lo que la situación no puede dar cuenta. Interrumpe lo igual a favor de lo otro. La esencia del acontecimiento es la negatividad de la ruptura, que da comienzo a algo del todo distinto. El carácter del acontecimiento une el amor con la política o el arte (p. 32).

Por lo que entendemos que para ocurrir algo del orden del acontecimiento, el primer movimiento necesariamente va a tener que estar dado en favor de la apertura, que posibilite un cambio en la línea de sentido, entrando en conocimiento de lo otro, de la vivencia que pasa a ser “el nosotros” en un aspecto novedoso y singular. Movimiento que promueva la construcción única de un sentido desconocido, pero reconocido entonces en el encuentro.

Como ya se mencionó, a partir del paradigma sistémico y por la experiencia en lo social, lo grupal, lo colectivo es mucho más que la suma de las acciones de sus integrantes.

La experiencia en el adolescente relativa al grupo es fundante y posibilitadora de que adquiera las herramientas para establecer vínculos saludables en el futuro.

Las TIC constituyen adelantos técnicos en lo que respecta a velocidad y volumen de las comunicaciones pero no tan así en los aspectos cualitativos de los relacionamientos entre pares, a pesar de que evidentemente los jóvenes del milenio, se estarían adaptando a los nuevos desafíos virtuales rápidamente, transformando lo que se entiende como formas más tradicionales de comunicación.

## **Conclusiones**

El interjuego social a través de las redes plantea escenarios distintos, donde la velocidad juega un papel importante, no solo en la calidad de la comunicación, sino en el

procesamiento de la información del sujeto. Por momentos la información es parcializada y llevaría a la posibilidad de representaciones fragmentadas, las que rápidamente pueden ser sustituidas por otras y así sucesivamente, permitiendo ocasionalmente el caos.

Sin embargo, el registro de actividades gracias a softwares de control, establece permanentes estadísticas de ellas y de su origen, datos estos procesados meticulosamente por el ciberpoder.

Desde otra mirada, la inmediatez del sistema podría llevar a aceptables resultados, para quienes buscarán algún fin común, el apoyo a una causa o proyecto o cuyo objetivo sea el de participar en el máximo de chats posible, observándose quizás como alternativas novedosas en la comunicación, pero poco relevantes en los aspectos significativos que refieren a los vínculos entre sujetos.

Ese enfoque en la cuantificación, inexorablemente nos llevaría a un sesgo en la apreciación de los procesos de subjetivación, por considerarse el aspecto cualitativo sólo parcialmente, teniendo en cuenta que el mismo es fundamental para el nexo entre humanos. Vale decir, la promesa de cantidad no garantiza la calidad.

Por tanto, ni por asomo, abarcaría el peregrinaje del deseo, incluso referido al adolescente, cuyo desarrollo acompañó estas tecnologías, ergo, convivió con ellas desde el nacimiento y las reconoce como parte de su cotidiano. Quizás este escenario lleve a pensar en una nueva configuración vincular, nuevas formas de asociación, de cooperación, de encuentro.

Teniendo en cuenta que históricamente la humanidad se ha adaptado a todo, es posible que, a pesar de los aspectos problematizados, puedan estarse gestando nuevos modos de conformar multiplicidades que hereden algo de la esencia, del valor ético e histórico de los vínculos tradicionales.

Por fortuna sigue siendo imprescindible, en este milenio, la interacción entre sujetos. Quizás finalmente sea el arte, entonces, un portal hacia algo mejor y el eros aún esté vivo.

## Referencias bibliográficas

- Coll Espinosa, F. J. (2006). El desarrollo de la subjetividad. *Universidad de Murcia*, 13.  
Recuperado de 165469-Text de l'article-398498-1-10-20150223.pdf
- Guattari, F. (2013). *Líneas de fuga: Por otro mundo de posibles*. Buenos Aires: Cactus.
- Guattari, F., & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Han, B.-Ch. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Han, B.-Ch. (2017). *La agonía del Eros*. Barcelona: Herder.
- Horkheimer, M. (2010). *Crítica de la razón instrumental*. Madrid: Trotta.
- Laplanche y Pontalis. (1971). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Marramao, Giacomo (2011) *Conferencia de cierre de Facultad de Lenguas*, 30 de julio 2011, Buenos Aires. Recuperado de <https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/1418/05-Dr.%20Giacomo%20M>.
- Moneta, M. E. (2014). Apego y pérdida: Redescubriendo a John Bowlby. *Revista chilena de pediatría*, 85 (3), 265-268. <https://doi.org/10.4067/S0370-41062014000300001>.
- Montañez, S. (2012). *La crisis del reconocimiento: Una discusión de la problemática social de la subjetividad vulnerable*. Recuperado de <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/9264>.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. 72. Recuperado de <http://repositorio.minedu.gob.pe/handle/20.500.12799/1448>
- OMS | Desarrollo en la adolescencia. (s. f.). Recuperado 20 de febrero de 2021, de WHO website: [http://www.who.int/maternal\\_child\\_adolescent/topics/adolescence/dev/es/](http://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/)
- Real Academia Española (RAE) (s. f.). Subjetivo, subjetiva. *Diccionario de la lengua española*. Edición del Tricentenario. Recuperado de <https://dle.rae.es/subjetivo>.
- Rey, F. G. (2008). *Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales Social subjectivity, subject and social representation*. 4(2), 19. Recuperado de [http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1794-9998200800020002](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-9998200800020002).
- Sarabia, B. (2007, enero 18). Los tiempos hipermodernos | El Cultural. Recuperado 25 de marzo de 2021, de <https://elcultural.com/los-tiempos-hipermodernos>
- Seidmann, S., & Seidmann, S. (2015). Identidad personal y subjetividad social: Educación y constitución subjetiva. *Cadernos de Pesquisa*, 45 (156), 344-357. <https://doi.org/10.1590/198053143204>.
- Serrano Barquín, C. S., Salmiron Sanchez, F. S., Rocha Reza, S., & Villegas Lopez, L.

(2011). De la mirada y la seducción. *Universidad de Tarapacá. Chile*, 15.  
Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83622474006>.